

Con la sangre en los confines

Ricardo Elizondo Elizondo

Conferencia magistral de Ricardo Elizondo sobre las circunstancias e influencias que estimularon sus procesos creativos dentro de su obra literaria.

Cátedra Alfonso Reyes
<http://www.itesm.mx/va/catedra>

13 de marzo, 2007
Auditorio de comunicación y periodismo
del Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey

Tendría tres años cuando vi, junto con la lluvia de un aguacero, las lágrimas de mi abuela por la tristeza de saber que tanta agua como caía y toda se resumía. Ha de haber sido muy doloroso en aquellos momentos, porque los primeros años de la década de los cincuentas, las tierras aledañas al municipio de Monterrey sufrieron una sequía que acabó con todo, el trabajo de muchos años se acabó. Por dar agua al crecimiento de lo que ya se veía como gran ciudad, los acumulamientos, aguajes y pozos de una gran región fueron abatidos, con la consiguiente sequía al faltar un riego constante. Por esa misma época recuerdo también al bisabuelo Serafín quitarse el sombrero muy triste, en el espanto de un calor canicular, y comentar:

-El viento se pasó la noche bebiéndose el agua del jagüey Emilia, no queda ni una gota, sólo la muerte...

Sobrevive de aquel tiempo, además de algunas memorias rotas aquí y allá, la fotografía de las bodas de plata de la Tía Quila, último momento feliz, luego el desastre. Ahora vemos sus rostros y se ven felices, frescos, es que aún estaban ajenos a los cambios que provocaría una decisión política tomada con poco miramiento, y que en tres o cuatro años arruinarían campo y ganadería y dejarían una desolación en remolinos.

Surgió entonces una generación que vivía en la ciudad pero que aún tenía los pies en el ganado y en ocupaciones aldeanas como pagar hijuelas y contribuciones, defender las tierras de propios y de servidumbre, o recibir el ingreso por la leña que se desmontaba en los eriales, y que luego de la sequía ayudó a sobrevivir. Para todos ellos la vida citadina resultó una mezcla urbana-campestre: radio y jaula con pájaros, grandes

mercados a la mano pero también macetas con tomates y chiles, gallinas en el traspatio junto a un metate que día a día se empolvaba más, y en la mesa quesos, chorizos y carne seca traídos desde los pueblos. Una generación que formó la nueva clase media al emplearse como asalariada y convertirse así en la clase trabajadora, o que, con ilusiones a cuestas, emigró a Chicago, a Ontario, a Denver.

Mi padre, contable y muy hábil en derecho laboral, trabajó cuarenta y cinco años para la misma empresa, tuvo seis hijos y murió a los ochenta y tres años en completa paz, sin saber que moría. De él heredé la lealtad y un razonamiento claro, crítico, aunque no siempre libre de visceralidades.

Mi madre, en su frase: “en la casa de mis padres siempre se desayunó con el quinqué encendido”, se encuentra toda la filosofía de la vida: trabajar, trabajar y trabajar; en panes, mermeladas, guisos, almidones, lavandería, helechos, rosales y brillo fresco en los pisos del largo corredor de las macetas. Mis hermanos y yo *cortamos y comimos el pan de su cuerpo con el cuchillo que ella misma nos daba*. De ella heredé el amor a la lectura y al trabajo.

Mis hermanos y hermanas, brillantes cada uno, se acostumbraron a defender al inesperado, al curioso, que era yo. Me quieren bien.

Las personas, aún viendo a los ojos y comunicando los pensamientos más íntimos, nunca somos únicas, porque ni la manera de ver ni la forma de pensar nos pertenecen completamente. El humano es parte siempre de una sociedad que lo ha formado y alimentado, yo soy en la escritura, como en todo lo demás, un producto, una parte o una sumatoria, una muestra del pasado y del presente. Con todas esas piezas, y por lo que representan, vivo y escribo; por lo que fueron y fue, y por lo que es y pervive en nuestra sangre.

Así que el ‘*qué*’ escribí surgió desde antes de que yo naciera y ha seguido alimentándose en el curso de la vida. Sin embargo, la calificación “*Con la sangre en los confines*” la doy ahora, ahora que puedo tener perspectiva de lo hecho, porque cuando comencé no tenía definición alguna, sólo compulsión por acopiar datos para dejarlos en algún registro, centrado como estaba en la intuición de que algo se estaba perdiendo irremisiblemente y con una necesidad grande de querer atesorar fotografías, metáforas, estampas, palabras, cantos, música, documentos. Dejar constancia del agua-viento-

fuego de los cambios que se abatían sobre una realidad mortecina y la inundaban, la aventaban, o la calcinaban ante nuestros ojos y con nuestros cuerpos.

Creo que fue entonces cuando me planté en los confines sin planearlo ni pensarlo. Empecé a medrar en los límites de la sociedad privada, con la familia y los amigos, y de la sociedad pública, en el trato ciudadano y con el mundo. Me quedé en la orilla porque era mi punto de observación y de trabajo dentro de una sociedad que valoraba poco el quehacer literario cuando era manejado con una lengua vernácula, y no en el idioma oficial e impuesto que llegaba desde lejos y que despreciaba las palabras de mi gente y las definiciones que da una región fatigada por los extremos, y unas calles soleadas, unas montañas azules y en el monte abandonado. Desde muy niño junto palabras. Así como mis amigos coleccionaban estampillas o beisbolistas en un álbum, yo en una libreta, con el cerro del Obispado en la cubierta, apuntaba las palabras. Cuarenta años después resultaría el *Lexicón del Noreste*.

Empecé a moverme en los confines de un espacio en el que convivían a un tiempo formas de los siglos XVIII y XIX, con la bomba atómica y la televisión que nacía; la primera asustaba y la segunda entusiasmaba, y como la nueva gran amenaza de muerte eran rayos invisibles, entonces yo, *al moverme para encender o manipular el aparato, zigzagueaba, pensando que con ello los rayos no me tocarían*. Es curioso, la imaginería en torno a la muerte por rayo estuvo presente en la infancia de mi tiempo. Situado en el umbral de dos épocas, una moribunda y la otra naciente, me fue dable rescatar lo que encontraba registrado en viejas fotografías. Comencé a ver una y otra vez las imágenes que luego se me volvieron obsesión y fueron la base, también cuarenta años después, de mi tesis doctoral en historia. Me conmovió, y aún me conmueve, el entorno visto por los ojos laboriosos de los fotógrafos, y la humanidad de los posantes con toda su galanura, belleza e inocencia, y también con su carga de pies torcidos, hermosas o deplorables sonrisas, modas en visiones provincianas, estilos arcaicos, zapatos polvorientos, la pobreza de un suelo apisonado o la opulencia de seda y mármol. Encontré salud, enfermedad, vida y muchos sentimientos en los rectángulos de cartón llamados fotografías. Me dediqué y trabajé por años en escribir y publicar los libros *Polvo de aquellos lodos*, *Presas de un lente objetivo* y *Soplando la niebla del tiempo*.

Al venir del mundo me tocó crecer en el horizonte de la línea divisoria internacional, con el mundo fronterizo, confín también, como parte vital de mi historia. Parientes acá y allá, leyendas y anécdotas de allá y de acá, viajes cortos y largos, ropa, comida, lenguaje de este y del otro lado. Y para mí la incógnita de ser los mismos ojos allá y acá, cuando al mismo tiempo las sociedades y la vida nos volvían tan diferentes. Supe de costumbres lingüísticas arcaicas guardadas como tesoro dentro de una mente que se expresaba en inglés, supe de aromas, colores, relaciones sociales y religiones que una y otra vez eran zaheridas por el contacto con la porosidad de la frontera, que aunque definida legalmente en forma precisa, se desdibuja en las relaciones interpersonales y termina siendo inexistente para el aire, las nubes, los insectos y el dolor y la angustia de la vida.

El destino me colocó asimismo en el deslinde, fronterizo también, de una preferencia sentimental y una vocación de amor íntimo y personal diferentes, y por lo mismo, muchas veces, al igual que cualquier límite o confín, incomprendido por los más, pero que he sostenido siempre desde mí mismo con firmeza, sin hipocresía, sincero, limpio, honesto, seguro en la pureza de mis movimientos y en la elección y la vida de pareja.

Por todas estas razones y más he permanecido con la sangre en los confines. Con una vida limítrofe siempre, me he movido en un doble renglón y creo que así voy a morir: en el doble momento del pasado y el presente; en el doble espacio del acá de este lado y del allá del otro lado; en el doble quehacer de la actualidad de mi trabajo asalariado y del futuro de la novela o drama que escribo a deshoras; en la doble percepción del espacio pulcro de la casa de mis padres que llevo incrustado en mi formación y que fue transportado desde la provincia y la ciudad laboriosa, pujante y progresista; en el doble instante del silencio *esenio* de los archivos y bibliotecas y el ruido rumboso del restaurante donde me reúno para comer con amigos. Al no pertenecer a uno u otro, me sitúo en los bordes no en forma superficial, sino como una opción para encontrar lo profundo. Así ha sido mi definición y mi qué escribir.

Cuando tenía dieciocho años un poeta me confrontó ante mi exigencia de tener un tiempo y un lugar para escribir: “no esperes a encontrar un tiempo de paz ni un lugar silencioso para escribir, hazlo cuando puedas: a la hora de la comida, durante la media hora del café, antes de ir a la cama o a media noche si hay insomnio”. Y eso he hecho,

escribir en cualquier momento y en cualquier lugar. Por ser para mí la escritura una vocación de vida, y para toda la vida, siempre he estado motivado, siempre ha sido una actividad deleitosa, aunque en el transcurso sufra por la presión, por el caos, por el desorden de ideas y metáforas y por la insolencia de las obligaciones pecuniarias, laborales y sociales. He de confesar, como quiera que sea, que lo primero ha sido siempre trabajar para sobrevivir y para cumplir con la obligación contraída pero, entre las grietas, me las ingenio para continuar con mi devoción.

Me he expresado fundamentalmente a través de la palabra escrita. Pudo haber sido también a través de la música, si a tiempo hubiera recibido una formación adecuada. La música y su lenguaje ha estado siempre a mi lado: cuando escribo novelas de gran aliento los monumentos sinfónicos me persiguen, o me guían; cuando escribo drama o comedia compongo o arreglo la música necesaria; cuando redacto ficciones cortas, relatos o cuentos, las canciones son el fondo. La música y el diseño gráfico –la literatura me parece a mí que es el matrimonio entre la música y el diseño gráfico- son mis dos amores, sin olvidar la botánica. Quizás he sido polígamo sin darme cuenta.

En cualquier texto mío está comprometido mi ser y siempre, para escribir, he demandado la vivencia personal y luchado por conseguir experiencias de primera mano, experiencias directas. Quise conocer la sangre derramada sobre el pavimento de la media noche y entonces me le pegué a un fotógrafo de notas rojas. Quise sentir la desolación de una vía de tren olvidada y caminé todo un día sobre el carril de hierro que lleva a Tampico. Me interesó el soplar del viento en las orejas y entonces me subí a los cerros los fines de semana. Probé el calor infernal y en plena canícula medré en el semidesierto. He saboreado el silencio de polvo que cae de los adobes y los sillares, y también los murmullos y alegría de los jacales y la orfandad de un refugio de pastores. Viví por semanas en la opulencia de grandes hoteles de ciudades magníficas con nombres impregnados de literatura como Berlín, Roma, Madrid, Santiago de Chile, Tokio, Pequín, Buenos Aires, Nueva York, la Ciudad de México, Santa Fe de Bogotá, Panamá, Guatemala la vieja. Usé sacos de dormir durante varias décadas para salir a los pueblos y experimentar sus brumas así fuera por una noche. Recogí palabras, recetas de cocina, anécdotas, ingeniosos chistes, sensaciones y visiones pavorosas o angelicales: una lejana tarde de invierno frío me llevaron a ver el sueño de cientos de serpientes,

sopa de mangueras monstruosa, al fondo de un pozo de mina abandonado, y una tarde de junio –“¡Oh Señor, tanta belleza fatiga mi corazón!”-, tuve el ancho espacio de mis ojos totalmente tapizado por miles de flores de opuntias y cenizos, la morada flor color de obispo. Mi memoria registraba mientras mi consciente degustaba.

Toda la realidad de experiencias, que aún no agoto, se ha filtrado en mis frases sin importar trabajos, porque lo hecho ha sido por amor, por dar voz a los míos. Y al decir míos no sólo me refiero a los de la sangre, sino a los que aún ahora adivinan desde su recámara el amanecer en un monte de huizaches y granjenos, para los que a medio día y entre el tráfico y la prisa oyen en el verano el canto de las cigarras correr de fronda en fronda –piden agua, decía mi padre: las sanjuaneras piden agua-, para los que sienten la dura bofetada del sol golpeando la nuca, y tienen los ojos bajo el azul canicular del cielo de agosto, o, en su momento, los pies secos y casi muertos por la helada negra de una noche de enero. Para todos aquellos que por sobre, o gracias a eso, tienen aún humor para reír, porque mi gente, la gente del noreste, es de lo más alegre. Nací sensible a una estética que por entonces no tenía correspondencia en el arte y trabajé en ello y por ello –en aquellos años eran de mal gusto los asuntos norestenses: “ranchero” me decían porque me interesaba en la arquitectura, en la culinaria, en las notas del bajosexto acompañando a un violín de tripa o en el imponente golpe del tambor legüero.

Finalmente, escribí por la seguridad que da el orgullo de pertenecer, de ser habitante de un lugar con belleza propia, con fortaleza propia, con risas y cantos propios.